

Helado de cemento

HELADO DE CEMENTO

FRAN RUIZ



pacoelmago.me

Helado de cemento

©Francisco Ruiz Serón

Primera edición: marzo 2024

ISBN: 978-84-09-59700-0

Printed in Spain – Impreso en España

Diseño cubierta: Roberto Sánchez Valdepeñas (@seko_ink)

Corrección: Francisco Ruiz

Maquetación: Francisco Ruiz

Prueba de identificación en Safe Creative: 2307204871176

*A mí, en realidad, no me gusta el helado.
Quizá por eso me voy a morir solo.*

“It’s never too early for ice cream, Jim”.

Michael Scott

PRIMERA PARTE

En un año indeterminado desde el año en el que se dejó de contar, hay una crisis de novedades que afecta a toda la población. Ya están todas las historias contadas de todas las formas posibles, todas las posibilidades se han dado en algún momento y no hay nada que no sea una repetición de algo anterior. La gente no sabe qué hacer y está empezando a tirarse al suelo a esperar a la muerte. La ESCAO (Empresa de Solución de Crisis, Apocalipsis y Otros "y si") se encargará, como siempre, de arreglarlo.

1- Las tres sombras

La pierna derecha de Tina Morfina estaba sufriendo un terremoto de magnitudes catastróficas. Si hubiese una diminuta civilización viviendo en su muslo, pensarían que algún dios los estaba castigando por todos sus pecados al mismo tiempo. De vez en cuando el tembleque cesaba, aunque solo para continuar en su pierna izquierda. En esa pierna no imaginaba que pudiese vivir nadie, era un páramo en el que no podían crecer cosechas.

Así llevaba más de cuarenta minutos; sentada en la sala de espera, sudando la camiseta recién lavada y haciendo temblar la silla. En su papelito ponía "LP2627", lo que en algún ordenador se traducía como su turno. Aquel papelito era tan inútil como la citación que le habían dado. Si iban a tardar tanto, ¿para qué darle una hora exacta?

Se había planteado unas ciento setenta y tres veces en aquel rato levantarse a preguntar a la chica de recepción si iban a atenderla en algún momento o si planeaban matarla esperando. Las ciento setenta y tres veces habían acabado con un suspiro de resignación dos decibelios más fuerte de lo normal, para que quedase constancia de su indignación.

Tina había perdido la cuenta de cuánto tiempo llevaba buscando trabajo, pero siendo justos, desde el año que se dejaron de contar los años, la gente ya no tenía noción del tiempo. Nadie se tumbaba a mirar el techo con la presión de perder la tarde, simplemente se tumbaba lo que le apeteciese, ya fuesen unos minutos o unas horas.

El tiempo perdió su relevancia el día que se hizo infinito.

En ese momento a Tina la filosofía le daba igual. Era una persona sin metas ni aspiraciones en la vida, así que quería encontrar un trabajo en el que volcar toda su existencia y ser la mejor en eso. No le importaba de qué, para ella lo mismo era una cosa que otra. Ella solo quería ser buena en algo. Deseaba considerarse útil.

Había estado dando tumbos por diferentes empresas durante toda su vida, pero esta vez iba a ser la buena. Lo sentía en su interior y en sus sudadas axilas.

Por fin la habían llamado de una empresa: la ESCAO. No sabía ni quiénes eran ni a qué se dedicaban, pero sí sabía que pagaban bien y que ofrecían un puesto de trabajo. Aquellas dos condiciones encajaban con lo que Tina estaba buscando, así que en cuanto le ofrecieron la entrevista contestó con un sí rotundo.

Tampoco estaba para elegir, siendo sinceros.

Su currículum era más bien escaso para la media en aquel momento. Todo el mundo sabía hacer de todo, menos Tina, que, bueno, algo sabía. Saber hacer algo estaba bien hacía mucho tiempo; antes de que se dejara de contar. Y hacía también mucho tiempo, aunque algo menos, que saber algo se había vuelto insuficiente. Había que saber todo de todo. Eso era lo mínimo que se esperaba. Había quien incluso sabía todo de nada, que se quedaban cortos con los que sabían nada de todo.

Tina se abrumaba solo de pensarlo.

Intentó distraerse de alguna forma. Ella era capaz de evadirse con facilidad, los informes de sus antiguos jefes dejaban constancia de ello. Rememoró todos los insultos que había recibido a lo largo de su variopinta carrera en orden alfabético inverso. Eso le relajaba, le ayudaba a centrarse en lo que de verdad importa. Todos los fallos que había cometido la ayudarían a no volver a cagarla. Su siguiente trabajo, ya fuese en aquella empresa o en otra, sería su trabajo definitivo. Podría irse a dormir pronto porque al día siguiente tenía que madrugar para hacerse la comida, desayunar, prepararse e irse al trabajo. Pasaría horas y horas haciendo alguna tarea que no la permitiese pensar en nada más y la dejase exhausta, lista para llegar a casa, ducharse, cenar y vuelta a empezar.

Era el bucle de explotación con el que Tina llevaba soñando toda su vida.

Tres figuras negras aparecieron en su campo visual y le hicieron perderse cuando iba por la letra P, justo cuando venían los insultos más jugosos. En realidad, no las vio llegar, solo aparecer. Estaban sentadas en la hilera de sillas de enfrente, mirándola, examinándola, observándola. Tal vez oliéndola, pensó Tina. De repente, pensó que su vestimenta no era adecuada: unos pantalones azul marino y una chaqueta marrón. No llegaba al mismo nivel de oscuridad que ellas.

Las tres sombras eran más o menos de la misma estatura, ocupaban el mismo espacio y no tenían ningún elemento sobresaliente, como si... A Tina no le salía la palabra. La tenía a punto de neurona, solo tenía que conectar las correctas y le saldría. Mierda, pensó. No se le podían olvidar palabras con lo que a ella le gustaba leer diccionarios. El manejo del lenguaje era su fuerte...

Como si fuesen simétricas. Eso era. La palabra para describirlas era simetría.

—Simetría, jeje —susurró para sí misma.

Había bajado un poco la barbilla al reírse y en cuanto la devolvió a su sitio habitual las tres sombras estaban justo delante de ella. Tina se sobresaltó en su asiento.

—¿De qué te ríes, espabilada? —dijo una de ellas, aunque no supo muy bien cuál.

—De la simetría.

Ese era otro defecto de Tina: su sinceridad. No era una sinceridad maliciosa, solo inoportuna. Las tres sombras parecieron estirarse y contraerse un par de veces, como si hubiese tirado de ellas una mano gigante invisible.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó la del medio, ahora estaba segura de ello.

Tina no centraba la vista en ninguna en concreto, solo intentaba que no se saliesen de su campo visual. Sus figuras tenían los límites más definidos que Tina hubiese visto nunca.

—Tengo una entrevista de trabajo —titubeó, como si de repente solo fuese una posibilidad. Buscó en su bolsillo el papelito que le había dado la recepcionista y lo apretó con fuerza.

Las tres sombras se estiraron lentamente hasta que no dieron más de sí y volvieron a su forma original como un resorte.

—¿Tú? ¿Trabajando para la ESCAO? —Siempre hablaba la del medio—. Espabila, chica.

—¡Espabila! —dijeron las otras dos. Por lo visto, su función era darle réplicas a la otra.

—¿Qué sabes hacer?

Tina no tuvo que pensarlo. Tenía esa respuesta ensayada en su colección de buenas respuestas para encontrar trabajo. El truco estaba en decir mucho sin ahondar en nada.

—Sé hacer de todo un poco, lo que me ayuda a adaptarme a cualquier situación. Trabajo bien en equipo, pero eso no me impide ser productiva sola. Siempre estoy dispuesta a dar todo de mí.

Las sombras de los lados le rascaron la barbilla a la del medio.

—Bueno, es algo.

—Esa es mi especialidad —contestó Tina con una sonrisa sincera.

—¿Nada más?

—Nada más, pero tampoco nada menos.

—¿Solo eso?

—No solo eso, claro.

Las sombras se estremecieron en el sitio, desfigurándose en un escalofrío gigante que hizo tambalear sus figuras.

—Ahora lo entendemos —dijo la del medio.

—¡Lo entendemos! —repitieron las otras.

Se dispersaron por la sala para situarse juntas de nuevo a una distancia prudente de Tina.

—¿Qué pasa? —preguntó Tina, temiendo que se le hubiese olvidado otra vez echarse desodorante—. ¿He dicho algo malo?

—Sabes esconder demasiado bien tus capacidades. Eso es peligroso.

—Muy peligroso —remarcaron las otras dos.

Tina se rascó la nuca.

—Creo que os estáis equivocando —Tina movió los brazos para explicarse mejor—. Yo solo soy...

—¡Quieta, parada! —Las tres figuras se colocaron en una guardia teatral con los brazos alzados y las piernas flexionadas—. Sabemos reconocer a alguien peligroso desde lejos.

—Muy lejos.

Tina había obedecido por la fuerza de la costumbre y permanecía inmóvil con los brazos a medio camino entre su regazo y su cara.

—Al principio has sabido ocultarte bajo esa presencia tímida e insignificante. —Nuevo insulto para la lista, pensó Tina. Ya tenía plan para esa noche—. Al abrir la boca te has delatado.

En un acto de valentía, optó por bajar los brazos. Cansarse demasiado la haría sudar más de la cuenta y eso no había desodorante que lo resistiese.

—De verdad, que yo solo vengo buscando un trabajo, no quiero causarle problemas a nadie.

—Te has ganado tres enemigos, eso seguro.

—¡Seguro!

Tina optó por una estrategia que le había dado buenos resultados con un jefe que tuvo que estar medio ciego: se quedó quieta, callada y empezó a pensar en un idioma inventado. Así se mantuvo durante unos tensos minutos en los que las sombras se dedicaron a moverse por la sala, frenéticos, como pelotas salarinas lanzadas con la fuerza de un huracán. Soportó la tortura igual que había soportado los gritos de su antiguo jefe: aguantándose las lágrimas.

2- Desprogramadora

Justo antes de que las lágrimas empezaran a caer, una superheroína descalza se alzó de su silla reclinable hasta ciento ochenta grados para rescatar a Tina de sucumbir ante la tortura de las tres sombras e irse a casa a comerse un helado más frío que el cero absoluto. Lo tenía metido en un congelador metido a su vez en otro congelador.

—Señorita Morfina, la están esperando.

—¿Eh? —Tina se giró hacia ella, porque el sonido de sus palabras había llegado a la recepción de sus oídos, pero la propia recepcionista que había allí se había quedado dormida.

Las tres sombras se habían detenido, cada una escondida detrás de una planta o debajo de una silla, pero claramente visibles. La recepcionista real chistó.

—No venís más que *zumbaos* a este trabajo. Con razón, claro. Hay que estar *zumbao* para querer irse a trabajar al pasado. ¡Allí no hay más que otros *zumbaos*!

Tina interpretó aquellas palabras como que iban a utilizar métodos anticuados de trabajo. Mientras le pagasen un sueldo digno, como si tenía que aguantar a las sombras todo el día revolotear a su alrededor. Al fin y al cabo, solo eran unas moscas muy grandes y simétricas.

Más tarde se arrepentiría de aquellas palabras.

—¿Me has oído? —le dijo la recepcionista alzando la voz.

—No, ¿me lo puedes repetir, por favor?

Volvió a chistar.

—Que pases cuando quieras.

Tina dudó un momento. Algo no se sentía bien. Se metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y agarró el papelito, aunque no lo sacó de ahí, no fuese a irse corriendo y la dejase en evidencia.

—¿Y el papelito? —consiguió decir.

—¿Qué papelito?

—El que me has dado al entrar...

—Qué más da eso.

Tina dudó un momento.

—¿Cómo sabrán que es mi turno?

—Porque lo digo yo.

—¿Eres la que lleva los turnos?

—Eh... Sí, claro.

Entonces Tina se levantó, sacó su papelito del bolsillo de su chaqueta y se lo metió a la recepcionista en la boca.

—Muchas gracias, encantada. —Tina hizo una leve reverencia y se fijó en sus pies—. ¿Has perdido los zapatos?

La recepcionista contestó, solo que el papelito que tenía metido en la boca hizo que sus palabras solo fuesen ruidos ininteligibles y babas colgando.

—Entiendo —asintió Tina.

Se despidió con la mano de las sombras y entró al despacho.

Antes de que el señor con barba, gafas y pelo canoso que la esperaba sentado en su escritorio pudiese decir algo, Tina empezó a quitarse las zapatillas.

—Buenos... ¿Qué hace?

—En esta empresa hay que ir descalzo, ¿verdad?

El hombre se ajustó las gafas con el dedo índice y suspiró.

—No, no es necesario. —Tina se sintió muy avergonzada de repente. Sus calcetines de patitos no ayudaron—. Nuestra recepcionista opina que, para estar ocho horas sentada, mejor hacerlo cómoda. Y su definición de comodidad es poder inclinarse e ir descalza.

—Tiene razón —observó Tina.

—Siéntese, leeré su currículum mientras vuelve a calzarse.

Y así sucedió. Aquel hombre vio su foto en la que llevaba el pelo negro, largo y suelto, a diferencia de la coleta que llevaba aquel día y leyó su información personal: Tina Morfina, treinta y un años, desempleada, con experiencia en más de veinte trabajos diferentes y con estudios limitados y diversos. Lo que vino a continuación fue lo que a Tina le gustaba llamar *Descenso rutinario*.

—Por lo que veo, algo sabes hacer.

—Sí, es mi especialidad.

—¿Sabrías hacer algo más?

—Algo ya sé hacer, más sería abusar.

—Para este trabajo hay que saber hacer de todo.

—Como en todos los trabajos.

—En este, especialmente —reiteró el entrevistador remarcando sus palabras.

Ahora venía la parte *Somos los mejores*.

—Mira, sabes a qué se dedica la ESCAO, ¿verdad? —Tina asintió sin tener ni idea de a qué se dedicaban y sin mencionar que hasta hacía unos minutos no sabía ni el nombre de la empresa—. En nuestra web habrás podido leer lo básico, pero te explicaré con más detalle.

—De acuerdo.

—El mundo actual está lleno de crisis a punto de estallar. Aunque todo parezca ir bien, eso no es más que un espejismo. Las cosas van fatal, vivimos al borde del colapso. Nuestra empresa es imprescindible para mantener el orden y la cordura de la sociedad. Nuestro trabajo consiste en prevenir esas crisis antes de que sea demasiado tarde. Y ya es demasiado tarde para todas. ¿Entiendes?

A Tina le habían intentado vender empresas de mierda de muchas formas diferentes, pero nunca se había encontrado con nada así. Tantas palabras que en la mente de Tina se traducían como: *"te vamos a explotar todo lo posible"*. Y ella encantada, claro.

—No creo que sea para tanto...

—Lo es. Debemos asegurarnos de que haya novedades durante todo el año o las consecuencias serían catastróficas, a la altura de la Crisis de las Camas.

Para no seguir fingiendo que sabía de qué le hablaba, Tina se atrevió a preguntar.

—Novedades... ¿En el arte?

—En efecto. Aquí nos encargamos de que haya novedades artísticas todo el año.

Lo más cerca que Tina había estado de crear arte fue cuando se le olvidó tirar la basura durante un mes y a la bolsa le crecieron tentáculos. Como se movían, Tina no estuvo segura de si sentirse madre o artista.

—No sé si el arte entra dentro de mis capacidades...

—Aquí no creamos arte, lo destruimos. —El hombre volvió a suspirar, cada vez más irritado—. ¿Sabes dónde te has metido?

Tina negó con la cabeza, por fin. Eso molestó al entrevistador, al que sus ojos casi se le salen de sus órbitas, para crear las suyas propias y girar alrededor el uno del otro.

—Otra igual. Como pagamos bien y ofrecemos trabajo, qué más da lo que hagamos, ¿no? Con lo fácil que es leerse nuestra web. No te has leído nuestra web, ¿verdad? —Tina negó con la cabeza—. Es muy fácil leerse una web, demasiado fácil.

El señor se levantó de la silla, claramente enfadado. Su piel se empezó a tornar de rojo bermellón. Los agujeros de la nariz se le habían abierto de par en par para permitir las entradas y salidas masivas de aire que se estaban produciendo en su cuerpo. Las manos se le engarrotaron, sin llegar a cerrarse en un puño. Eran dos garras.

—Aquí hacemos cosas importantes. Para crear, antes hay que destruir. Ese es nuestro lema. Está en el apartado *Quiénes Somos* de nuestra web.

Dio un puñetazo a la mesa y la partió en dos mitades. A Tina le salpicaron unas cuantas astillas a la chaqueta, que se quitó de encima disimuladamente a base de soplidos. De sus orejas salía un humillo grisáceo que no tenía buena pinta. Tina pensó en recomendarle un buen otorrino que conocía, aunque tal vez más tarde, cuando se le pasase la rabieta.

—Destruir para construir —gritó el entrevistador—. Está en nuestra maldita web. Vas al menú principal, entre *Inicio* y *Contacto*. Es muy fácil, joder. ¡Muy fácil!

Empezó a aumentar de tamaño, y antes de que su ropa estallase, decidió arrancársela él mismo. Se dio un cabezazo contra el techo de tanto crecer. Se agachó mientras maldecía y se llevó las garras a la cabeza. Sus orejas sonaban como una locomotora antigua. Estaba a punto de estallar.

—¿Se encuentra bien, señor?

—Aquí las preguntas las hago yo —sentenció, con la voz más grave que Tina hubiese escuchado nunca.

Por fin dejó de crecer, lo que lo dejó en una posición extraña. Su cuerpo no había crecido de forma proporcional. Su brazo derecho era el doble de grande que el izquierdo, lo mismo con sus

piernas. Eso provocaba que estuviese encorvado hacia un lado y teniendo que compensar el peso del brazo grande. Lo único que no le había crecido era la cabeza.

—Tenemos una web, ¡una maldita web! Solo tenías que visitarla. ¿Sabes cuánto nos costó pagar a un programador para que la programase?

De repente entró la recepcionista en el despacho.

—Señor, hay tres tipos esperando también, ¿le queda mucho...? Oh, mierda.

No pareció horrorizarse con lo que vio, más bien se le puso cara de cansancio. Tina seguía sentada en su silla, siguiendo sus principios básicos en una entrevista: *“hasta que no te digan un no rotundo, no te levantes, hay posibilidades”*. Era bastante improbable que un monstruo rojo desproporcionado y humeante le contratase, pero de peores había salido con un contrato basura en la mano.

—¿Qué le has dicho? —La recepcionista se giró hacia Tina, ignorando por completo al entrevistador—. Dime que te has leído nuestra web.

—Yo... Vine por recomendación...

—Oh, no...

—LA WEB ESTÁ PROGRAMADA, ¿QUIÉN LA DESPROGRAMARÁ? EL PROGRAMADOR QUE LA DESPROGRAME, BUEN DESPROGRAMADOR SERÁ.

Pese a que lo dijo gritando con una voz de ultratumba con la que casi no se le entendía, a Tina le pareció un poema muy bonito.

—Sí, señor, a desprogramar se ha dicho —contestó Tina, que se levantó y le ofreció la mano al monstruo. No tenía ni idea de programar y mucho menos de desprogramar, pero supuso que con unos cuantos tutoriales podría aprender—. ¿Cuándo empiezo?

El hombre dio grito gutural mirando hacia el cielo y se fundió en una masa viscosa que se desparramó por todo el escritorio. Tina terminó con el brazo empapado de entrevistador. Lo interpretó como un apretón de manos pegajoso que agradeció limpiándose con una carpeta que había por la mesa.

—Y yo que pensaba que iba a ser un día tranquilo. Ahora me toca fregar esto y guardarlo en una caja de plata. ¿Sabes que tardará tres días en volver a la normalidad?

—Una vez tuve un jefe que se iba de vacaciones durante ocho días en una semana —comentó Tina, oliéndose la mano. Olía a señor mayor.

—Vete, por favor.

—¿Mañana nos vemos?

La recepcionista la miró un momento a los ojos y Tina temió que fuese a fundirse igual que su jefe. Por suerte, solo frunció el ceño.

—Por supuesto que no —contestó la recepcionista.

Tina se quedó helada. Pensaba que todo había salido bien. Aquel no rotundo la descolocó. Era la señal que marcaba el fin de la entrevista. Aquella mujer había roto todos sus esquemas en su

cara, uno a uno. Su sueño de ser desprogramadora había durado lo mismo que tardó en deshacerse el entrevistador.

La recepcionista se sentó en el suelo, sin importarle que se le manchasen los pies descalzos. Hizo un barreño con los brazos, recogió toda la masa que pudo y empezó a cantarle una especie de nana. La recepcionista estaba llorando y sus lágrimas diluían un poco más lo que serían las tripas o una pierna. No cantaba mal, en otros tiempos la recepcionista descalza había sido la cantante descalza, aunque no llegó demasiado lejos por su olor de pies.

Tina consiguió salir de su estupor, hizo una pequeña reverencia y salió con cuidado de no pisar a lo que quedaba del hombre. Las tres sombras, sentadas en la sala de espera, la siguieron con la mirada hasta la puerta principal. Solo fue cuando se aseguró de que estaba en el exterior y no había nadie cerca que se echó a llorar mientras a la vez vomitaba.

3- ¡Dos entrevistas en un día!

Aquel no iba a ser su trabajo definitivo. No iba a ser su trabajo, en general. Tina, después de echar el desayuno de hacía tres semanas en la puerta de un edificio con más plantas que un jardín, se limpió los mocos, bebió agua y se tumbó justo al lado de lo que hasta hacía unos segundos había permanecido en su interior, sin la menor idea de que iba a ser expulsado de su pequeño y gástrico hogar.

Pensó en que podía hacer como la recepcionista y acunar sus desperdicios, pero los brazos le pesaban mil toneladas cada uno. Alguna vez que se había encontrado en alguna situación similar de desasosiego había llegado a la conclusión de que no eran los brazos los que pesaban, sino que era ella la que había perdido la fuerza. Si no tienes nada de fuerza, todo pesa lo mismo: un montón.

Cada fracaso era una pequeña bomba que explotaba en su interior y su interior estaba hecho a prueba de bombas, sino se hubiese roto hacía mucho tiempo, pero con cada estallido se iba desgastando más y más, fracaso a fracaso, decepción tras decepción. Sentía que se deshacía por dentro igual que aquel hombre se había deshecho por todas partes. En cuanto recordó la imagen de la recepcionista acunando una masa informe de color carne rojiza se puso en posición lateral de seguridad, vomitó alguna cena del mes pasado y se volvió a tumbar boca arriba.

Hacía un día bonito, porque en cuanto abrió los ojos los tuvo que volver a cerrar del dolor. El sol brillaba en todo lo alto del cielo y ella no estaba invitada a verlo. Era curioso pensar que la estrella se ponía ahí en medio todos los días para que el mundo entero la viese, pero a la vez no permitía que nadie la mirase. Eso sí que era llamar la atención y no lo que estaba haciendo Tina. A Tina la ignoraba todo el que pasaba, la esquivaban o la saltaban. Al sol lo conocían hasta las plantas.

A nadie le importaba Tina. A nadie le importaba una mierda. Y literalmente tenía una justo al lado. Una mierda que había salido de su boca, pero una mierda, al fin y al cabo. Igual que ella. Las dos estaban en mitad de la acera. A las dos las pasaban por encima o esquivaban como podían. A las mierdas no se las pisa por no llevarte una parte de ellas contigo y porque ya bastante tienen con ser mierdas.

Mientras esperaba que los rayos del sol la evaporasen como si fuese una lluvia radioactiva para luego caer encima de algún cultivo y contaminarlo todo de Tina Morfina, algo se interpuso en sus planes. Una sombra tapaba la luz del sol que tendría que estar incidiendo sobre su cuerpo a máxima potencia.

Tina abrió un poco los ojos y se encontró con chaval de veintipocos años, trajeado y sonriente, interponiéndose entre ella y el sol.

—Lo siento, no tengo dinero... —balbuceó Tina.

—¿Qué tal ha ido la entrevista con la ESCAO? —la interrumpió sin dejar de sonreír.

Tina, que no estaba acostumbrada a que alguien se interesase por ella fuera de un proceso de selección de empleados, se sintió como un ciego que ve por primera vez cuando la empatía que desprendía aquella pregunta caló en sus circuitos neuronales. Ni siquiera se planteó que fuese extraño que aquel desconocido supiese aquella información.

—No muy bien, la verdad —contestó Tina, haciendo acto de sinceridad.

El trajeado asintió levemente con la cabeza, como si ya supiese lo que había ocurrido.

—¿No te leíste su web?

Tina negó con la cabeza desde el suelo, lo que acercó su pelo al vómito que tenía al lado de forma peligrosa. Su interlocutor no pudo evitar notarlo y su expresión se torció un milímetro.

—Ha sido un fallo de principiante —se excusó Tina—. Tenía que haberlo sabido, estas empresas invierten mucho en su imagen. La imagen lo es todo en estos días —dijo la que estaba tumbada al lado de su vómito.

Mientras se lamentaba, hacía movimientos que podían acabar en un contacto inmediato con sus flujos corporales. Cada uno de ellos desfiguraba un poco más la perfecta sonrisa que el chaval había entrenado durante meses. Se estaba poniendo claramente nervioso, pero el sol impedía a Tina darse cuenta.

—Por favor, levántate y lo hablamos tranquilamente...

Tina dio un espasmo al recordar todo lo que había sucedido.

—Y luego estaban esas sombras que rebotaban de un lado a otro. Seguro que las contratan a ellas por su simetría. Yo tengo un pie más grande que el otro, ¡cómo pude pensar que iban a darme un trabajo!

La sonrisa del chaval estaba a punto de convertirse en un emoticono *bugado* de los que el móvil no reconoce. Tomó una decisión arriesgada; en una de las idas y venidas de Tina hacia un lado y otro, cuando había hueco para él entre ella y su vómito se lanzó al suelo para evitar el contacto inminente, quedándose muy cerca de ella, pero también del vómito.

Tina, que no recibía calor humano desde hacía años, sintió una parálisis momentánea seguida de un escalofrío.

—Qué, ¿qué haces?

El muchacho sonrió de forma torcida.

—Me llamo Guijarro Paredes, trabajo para la EDT. Vengo a ofrecerte una entrevista de trabajo.

Eran las palabras más bonitas que alguien le decía a Tina estando los dos tumbados uno al lado del otro, frente a frente, mirándose a los ojos. El tiempo se congeló un instante, decenas de personas pasaron por encima de ellos y Tina sintió que aquel tal Guijarro era parte de un delirio que su cabeza había creado para que no cayese en depresión. Otra vez.

A Tina le encantaban los delirios que creaba su cabeza para que no cayese en depresión. Otra vez.

—Y yo soy Tina Morfina. Te entrego mi jornada laboral, todo mi tiempo libre y parte de mi tiempo de descanso a cambio de un sueldo que roce lo inaceptable.

—Genial, así me gusta. —Su sonrisa volvió a su sitio y un planeta a cien mil años luz volvió a girar con normalidad—. Este no es un trabajo normal, he de advertirte de algunas cosas...

Tina le tapó la boca con el dedo índice.

—No importa, no puede ser peor que lo acabo de ver.

Y lo abrazó con fuerza. En ese momento, un viandante que los había esquivado con normalidad, pero no se había fijado en el charco de vómito sorpresa que había justo al lado, se resbaló con el fluido y cayó a su lado. Eso hizo una reacción en cadena, porque una mujer que iba prestando la atención justa y necesaria a su alrededor no vio el proyectil en forma de persona humana que se interpuso en su camino y tropezó con él. Esa mujer trastabilló hasta chocar con un grupo de señores que charlaban tranquilamente e hizo un pleno perfecto. Todos ellos generaron sus propias reacciones en cadena y en poco segundos la calle estaba cubierta de cuerpos tirados por el suelo.

Tina y Guijarro se levantaron al mismo tiempo. Echaron a andar calle abajo mientras los demás se retorcían del dolor. El vómito tardó tres días en secarse. La sonrisa de Guijarro seguía intacta, la de Tina había vuelto a nacer.